

Hans Fallada

*Este corazón
que te
pertenece*

Traducción:
ROSA PILAR BLANCO



MAEVA

Listado de personajes

Señora Erna Wiebe: propietaria de una fábrica de artículos metálicos y madre de Thomas Wiebe y Johannes Wiebe

Trabajadores de la fábrica de los Wiebe:

Apoderado Blohm

Apoderado Henning

Lola: secretaria particular

Lobrian: vigilante de la fábrica

Martin Raschke: ajustador

Bertha: criada del domicilio particular de los Wiebe

Hanne Lark: vendedora del mercado central

Auguste Mahling: su tía

Oskar Mahling: su tío

Oppermann: mayorista de frutas y verduras del mercado central

Pottschmidt: propietario de un puesto en el mercado central

Marie Jäckel: amiga de Hanna

Emil Schaken: un holgazán

Hermann y Tilde Schönholz: tenderos

Doctor Leer: médico jefe

INTRODUCCIÓN

EL EMIGRANTE

La gente de la fábrica

Allí donde Berlín-Charlottenburg pierde su carácter de ciudad residencial y, convertida en ciudad industrial, limita con la gigantesca fábrica de Siemensstadt, se ubica, en una pequeña calle, la fábrica de artículos metálicos Hermann Wiebe. Desde la calle, solo se divisan un par de tejados de vidrio o pizarra a una sola vertiente; un alto muro rojo impide cualquier otra vista.

El muro, muy alto, tiene la parte superior cubierta de esquivas de cristal y es muy largo y de un rojo muy feo... En suma: ¡es exactamente igual que el de una cárcel! Y las dos puertas de chapa de acero, la ancha puerta cochera y otra más pequeña para el tránsito de peatones, no consiguen mitigar la sensación de desconuelo que invade al observador cuando contempla el muro: son puertas despiadadas, disuasorias e implacables. En este momento están cerradas. En la puerta pequeña se ve un cartel pegado.

Las letras de hierro forjado sobre el portón, que indican que se trata de la FÁBRICA DE ARTÍCULOS METÁLICOS HERMANN WIEBE, seguramente fueron doradas en su día, pero hace mucho que el negro alimento de la fábrica, ennegrecido por el humo y el óxido del hierro en descomposición, les arrebató su brillo. Tienen el mismo aspecto sombrío, melancólico y feo que todo en esta pequeña calle fabril de Charlottenburg, el mismo que esta misma mañana de noviembre: húmeda, fría, gris y nublada. Una mañana que

despierta el deseo imperioso de contar con un calzado en buen estado.

Delante de la puerta de la fábrica se congrega un pequeño grupo de obreros, unos diez o doce. Están muy cerca del cartel, que ya han leído hace rato. Son hombres jóvenes y viejos a quienes la larga etapa de penalidades durante la guerra mundial y la inflación, así como todas las luchas, preocupaciones y miserias posteriores, han dibujado en sus rostros la misma expresión de hosca desesperanza. Van muy mal vestidos, las chaquetas que llevan sobre sus camisas azules de trabajo lucen descoloridas e informes y cuelgan arrugadas sobre las espaldas inclinadas de todos ellos.

En este momento, con una expresión de benévolo desprecio, miran a uno de ellos, situado cerca del cartel, que pulsa con insistencia el grueso botón del timbre de hierro pasado de moda instalado junto a la puerta de peatones.

—¡A ver qué pasa aquí! —dice sin parar de llamar al timbre—. ¡No nos puen hacer esto! ¡Al menos que nos dejen pasar! ¡Que este es nuestro puesto de trabajo!

Un obrero joven, dirigiéndose no a él sino a los demás, dice:

—¡Menúo bobo! ¡Llamando al timbre como un idiota! ¡Seguro que los de dentro lo han desconectao!

Los otros inclinan la cabeza en señal de aprobación.

—¡Que no pues hacer na! «Cerrao por falta de pedíos», dice ahí.

—«El resto del jornal y la documentación hay que recogerlos el viernes en la oficina de la ciudad» —dice un obrero mayor—. ¡Ríndete, Euschen! ¿Qué sentío tie eso?

Los intentos de persuasión solo consiguen enfurecer más al del timbre.

—¡A mí que no me vengán con esas! ¡Ya lo veremos! Hasta un perro cuenta con su caseta por la noche, mientras que nosotros...

Y pulsa el timbre con violencia.

—No le cabrees, Maxe —replica otro—. ¡Con algo tie que calmarse! Igual se figura que le está retorciendo la nariz al fanfarrón del señor síndico Wiebe, eso le sienta bien...

—¿Y tú qué haces, Willem? —pregunta un obrero joven a otro muy viejo que, apoyado en el poste de una farola, con una pierna levantada, gira la suela agujereada de sus zapatos.

—Miro mi remiendo improvisado. Mis suelas están peor q'un queso suizo: no tienen más que agujeros.

—Nooo, quieo decir, qué vas' hacer ahora.

El obrero viejo lo mira.

—¿Eso preguntas? ¿Y pa qué? Pues apuntarme al paro. ¿Qué si no? En mi casa ya cobran cuatro; bueno, pues yo seré el quinto. ¡Si el padre y los hijos siguen el mismo camino, seguro que la madre se alegra!

—¿Y no vas a intentar...? ¡Eh, Willem, mira eso! ¿Conoces a ese que vie por ahí?

Un taxi se ha detenido. En su interior apenas se distingue la silueta de un hombre joven que paga al conductor desde el asiento trasero. Todos los obreros han vuelto la cabeza hacia el coche en silencio, incluso el del timbre, aunque no suelta el botón. Sus rostros muestran la misma expresión de indiferencia y desesperanza.

Susurrando de prisa, el obrero que está junto a la farola le dice al viejo:

—Es el benjamín d'esa familia de empresarios, el hermano joven del señor síndico...

El viejo mira con indiferencia cómo el joven caballero se apea del taxi y toma la maleta que le tiende el taxista desde dentro.

—Ya —dice.

—Yo a ese lo conozco —susurra excitado el obrero joven—. ¡A veces jugaba con él, en el pasao! No era malo. Ese se interesa por nosotros. ¡A este le pío ayuda, Willem!

—¿Y qué sentío tie eso? —pregunta desesperanzado el viejo—. ¡Si a pesar de to ties que cobrar el paro!

El joven caballero, de unos veinte años y aspecto muy juvenil y algo blando, ha reparado entretanto en el grupo de obreros que se congrega junto a la puerta de la fábrica y se detiene, sorprendido. Pero el obrero joven ya está a su lado, toma su maleta y dice afanoso:

—Permita usted, señor Wiebe. ¿S'acuerda de mí? Soy Raschke, Martin Raschke, el hijo de su antiguo jardinero.

El joven, muy atildado —el contraste de su indumentaria, postura y color de piel entre él y los obreros es muy llamativo—, se alegra a pesar de todo.

—¡Martin! ¡Por supuesto! ¡Vaya si te recuerdo! ¿Te acuerdas tú de cuando me metiste de cabeza en aquel barril lleno de agua de lluvia?

Martin Raschke no puede evitar una sonrisa involuntaria. Pero después, lanzando una mirada a los demás, que permanecen quietos con aparente indiferencia aunque en realidad escuchan con atención, dice con aplomo:

—¿Y por eso me deja ahora en la calle?

—¿Yo? —El joven caballero está visiblemente confundido—. ¿Qué quieres decir, Martin? ¿Que yo te he dejado en la calle? ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué no entráis en la fábrica? ¿Y qué dice ese cartel?

—La fábrica ha cerrado por falta de pedíos, señor Wiebe.

Un largo, profundo silencio.

—Nosotros acabamos de venir de la nave de montaje... Al parecer esto sucedió el martes, señor Wiebe.

El señorito Wiebe se muestra visiblemente confundido y nervioso; los obreros lo observan con atención. Nota todas las miradas sobre él; le gustaría expresar sus sensaciones, y al mismo tiempo se siente hijo de la fábrica.

—Vengo de un viaje —dice de repente—. Mi hermano no me ha comentado ni una palabra al respecto. No lo entiendo... ¿De verdad ha cerrado del todo, para todos?

—¡Pa usted no, joven! —dice el del timbre, maligno—. Usted no tie que ir a la oficina del paro.

—¡Cierra el pico, Euschen! —exclama una voz ruda entre el grupo de obreros.

—No lo entiendo —insiste el joven—. He traído pedidos de mi viaje, no muchos, pero nos ayudarán a aguantar tres o cuatro semanas. Mi hermano...

Mira a los obreros como si esperase una palabra amable, pero ellos se limitan a observarlo en silencio.

Por fin, Martin Raschke se apiada de él y dice:

—Pues si ha conseguido usted pedidos, a lo mejor to esto no es más que un malentendío, ¿no cree, señor Wiebe?

El joven se anima.

—¡Claro! ¡Eso es! Mi hermano habrá pasado por alto... Además, a comienzos de la semana que viene pensaba viajar a Estados Unidos, a América... Seguro que allí también conseguiré pedidos...

Se siente anonadado, como si necesitara justificarse ante sus trabajadores. De repente, el viejo que está apoyado en el poste de la farola dice, levantando el zapato:

—Mire, señorito, así están mis zapatos y eso que hasta ahora he tenío trabajo. ¡Porque en mi casa ya hay cuatro desempleaos! ¿Quie usted decirme qué pinta tendrán cuando esté en el paro?

—¡Tremendo! —contesta el joven señor Wiebe, llevándose involuntariamente la mano al bolsillo de la pechera como si pretendiera darle dinero al obrero. Pero se avergüenza al instante y añade con voz más firme—: Sin duda, se trata de un error. Voy a hablar ahora mismo con mi hermano. Los despidos se anularán, os lo aseguro. Tengo pedidos, y traeré de América tantos... —Esboza una sonrisa amable—. ¿Creéis que por ser tan joven no soy un buen vendedor? ¡Pues lo soy! Y pensaré en vosotros...

Mientras habla, se ha ido aproximando a la puerta pequeña. En ese momento saca una llave del bolsillo, le arrebatata la maleta a Martin y dice:

—Gracias, Martin... por todo.

Martin se vuelve hacia los demás con una mirada triunfal.

—Qué, ¿lo veis? —pregunta.

Silencio.

—Pues a mí me parece que habla demasioo... —replica el del timbre con tono perverso—. ¡Y el mucho hablar y la mentira son parientes, como decía siempre mi abuela!

Los jefes de la fábrica

En su bien decorado despacho, detrás del escritorio grande y pulcramente ordenado, se sienta el hermano mayor de Johannes Wiebe, el síndico Thomas Wiebe, que imparte sus órdenes al viejo y canoso Blohm, apoderado de la empresa.

A pesar de que Thomas Wiebe apenas ronda los treinta años, está ya bastante grueso. El rostro, que guarda un inequívoco parecido con el de su hermano, carece de frescura y audacia; es la cara un tanto rechoncha de un hombre de negocios exitoso, pero sobre todo de un hombre que como poco se considera muy atractivo y se siente muy orgulloso de su aspecto y de sus triunfos.

El señor Thomas Wiebe se sienta cómodamente en el brazo de su sillón, sin mirar al apoderado, que permanece de pie al otro lado del escritorio.

—Como verá, por lo que se refiere al pago del resto de los salarios, todo irá como la seda —dice Wiebe mientras juega con la fina cadena de oro de su reloj—. No quiero alborotos ni protestas... Y, sobre todo, nada de noticias en la prensa.

—Muy bien, señor Wiebe —responde Blohm.

—Trabajar o cerrar es asunto nuestro. Somos una empresa privada. Aun así, por si acaso, puede informar a la comisaría para que aposte un par de agentes en los alrededores.

—No me gustaría...

El apoderado se interrumpe; su joven jefe ha alzado la vista con una expresión imposible de malinterpretar.

—¿Qué es lo que no le gustaría, señor Blohm?

—En sus veintisiete años de existencia, la empresa Hermann Wiebe nunca ha tenido nada que ver con la Policía.

—¡Precisamente! Y en esta ocasión la empresa Hermann Wiebe tampoco tendrá nada que ver con ella sino, en el peor de los casos, con un obrero levantisco —dice, y cambiando de tono añade—: ¡No sea idiota, Blohm! Sabe tan bien como yo que en las circunstancias actuales la empresa no rinde beneficios. ¿Vamos a trabajar y esforzarnos solo para pagarle al Estado

impuestos sobre salarios y seguros de desempleo? Yo me considero un comerciante.

—Y lo es, señor Wiebe —conviene el apoderado Blohm con velada ironía.

—No hago negocios que no produzcan beneficios. No me dedico a hacer aportaciones de caridad...

—Hace veintisiete años que esas chimeneas expulsan humo, señor Wiebe. Y ahora...

—Ahora es usted veintisiete años más viejo y sentimental, Blohm. Tómese cuatro semanas de permiso; váyase ocho semanas, medio año...

—¿Acaso ya no me necesita, señor Wiebe?

Su joven superior cambia de actitud.

—Bueno, descanse primero. Que lo necesitemos o no es algo que decidirá mi madre. De momento, yo no soy más que el síndico de la empresa...

—Y si fuera el dueño, también me despediría. Gracias, señor Wiebe...

El hombre se da la vuelta para dirigirse hacia la puerta.

—¡No he dicho una palabra de despido! —grita Thomas Wiebe a sus espaldas—. Si le cuenta algo por el estilo a mi madre, estará mintiendo. ¡Vamos, no sea usted tan susceptible, Blohm!

El viejo apoderado, que no ha prestado atención a las palabras de su jefe, pretende salir de la habitación sin responder. En ese momento se abre la puerta y entra en tromba Johannes Wiebe.

—¿Qué diablos está pasando? —exclama alterado—. ¿Habéis cerrado? ¿Por qué? Si he traído pedidos para tres semanas...

El apoderado Blohm, demasiado ocupado con su propio dolor como para entender la agitación de su joven jefe, le remite a su hermano con un ademán.

—Eso tendrá que hablarlo con el señor síndico —dice, y se marcha.

Johannes Wiebe lo mira estupefacto, pero enseguida lo ignora y se vuelve hacia su hermano, que se ha levantado de su asiento esbozando una sonrisa a medio camino entre la burla y la superioridad.

—Y no me has escrito ni media palabra al respecto... No tenías ningún derecho...

El hermano mayor lo agarra por los hombros.

—¿Qué forma de saludar es esta después de un viaje tan largo? Buenos días, Hannes, tienes un aspecto espléndido. Me han alegrado mucho tus informes y sobre todo tus pedidos. De verdad, te has ganado los galones. Mamá también está muy contenta.

—¿Qué tal se encuentra? ¿Está en casa? —pregunta señalando con la cabeza una puerta situada a espaldas de su hermano.

—Creo que ahora no —responde este, evasivo—. Enseguida lo comprobaremos. Pero antes me gustaría hablar contigo. Mamá ya tiene bastante con la pena causada por el cierre de la fábrica de papá.

—Pero ¿cómo pudisteis hacerlo? Tenéis que anularlo inmediatamente. He traído pedidos...

—Tus pedidos, querido muchacho, están muy bien como éxitos iniciales, pero nos vienen al pelo para vaciar nuestros almacenes repletos. Tus pedidos no requieren de mano de obra.

—¿Ah, no? ¿Y mi viaje a Estados Unidos en las próximas semanas? ¿Tampoco servirá de nada?

Los dos hermanos se miran; el mayor con la divertida superioridad del hombre experimentado que comprende la agitación del más joven e inexperto.

—He votado con mamá a favor de este viaje a América porque parece ser muy importante para ti. Pero dudo que produzca éxitos comerciales dignos de mención.

—¿Y por qué crees eso, si puede saberse?

—¡Por Dios, chico! ¿De verdad quieres que te deje en mal lugar?

—¡Eso ya lo has hecho ahora con creces, como siempre, de modo que poco importa que lo hagas una vez más! Así que dime, ¿por qué lo crees?

—Porque tú no eres un verdadero comerciante, Hannes. No persigues un objetivo firme. Ahora te ha divertido pasar unas semanas vendiendo artículos de ferretería, pero quizá

preferias pasar las cuatro próximas semanas leyendo libros o esquiando... Perdona, pero no eres una persona fiable.

El más joven hace un iracundo gesto de rechazo.

—Pero de ti sí que se puede fiar uno, ¿verdad, Thomas?

—¡Yo soy un comerciante que sabe lo que quiere, desde luego!

—¿Y también un comerciante honrado?

—¡Por favor, Hannes!

—¿Por qué no me comunicó por carta el honrado comerciante que cerraba la fábrica?

—Porque en ese mismo momento se te habrían quitado las ganas de seguir consiguiendo pedidos; por eso, querido muchacho.

—Yo no soy tu querido muchacho. Soy cualquier cosa menos tu querido muchacho. Como heredero de papá, soy copropietario de esta fábrica, y exijo...

—Eres menor de edad. Por el momento, mamá y yo todavía administramos tus derechos.

—¡Esto no ha sido cosa de mamá, sino tuya! Acabo de llegar de viaje y me encuentro a diez o doce obreros delante de la puerta, ajustadores nuestros a los que tampoco has informado, aunque les estás arrebatando su pan.

—¡Acabáramos, ahora lo entiendo! Ves a un par de obreros despedidos y en el acto tu blando corazón se hace pedazos. Querido, ¡así no se puede dirigir una empresa!

—Pero con números fríos sí, claro. Tienes trabajo para cuatro semanas y cierras la fábrica.

—Pues sí. Porque de todas formas tendré que cerrarla dentro de cuatro semanas, y hacerlo hoy hará que los gastos disminuyan.

—¡Pero, de no haber cerrado, doscientas familias de trabajadores habrían tenido para comer durante cuatro semanas más!

—Querido muchacho, yo soy un hombre de negocios, no una institución benéfica.

La ira del joven se desata. Tras la indiferente superioridad del hermano mayor percibe su enfado, lo que lo empuja a irritarlo todavía más, a hacerle daño, a arrebatarse su autoridad.

—¡Por supuesto que lo eres! —grita enfurecido—. Una institución benéfica de tu gorda barriga, de tus propios caprichos detestables. Te basta con poder acudir a tus bares para reunirte con tus amadas furcias...

—¡Johannes! Te prohíbo... ¡Se acabó!

—Esto no ha hecho más que empezar, querido hermano. ¿Crees que no me he dado cuenta de que hace mucho que nos engañas a mamá y a mí? Siempre diciendo «la fábrica necesita esto y aquello», pero en realidad eres tú. ¡Tú quieres echarnos, tú quieres tomar todas las decisiones, tú quieres apoderarte de todo...!

—Dado que hago todo el trabajo, me parece justo que sea yo quien gane más. Y el modo de gastar mi dinero es cosa mía; desde luego, no lo voy a emplear en ridículos cuadros al óleo de pintamonas ignorantes ni en versos balbucientes de poetastros de tres al cuarto como tú.

De pronto, Johannes se tranquiliza por completo.

—Contigo no se puede hablar —se limita a decir—. No eres más que un estúpido y simple materialista. Hablaré con mamá; la fábrica volverá a abrir sus puertas.

—¡Eso no te lo crees ni tú!

—Y si no es así, me marcharé. Sí, me iré a Estados Unidos. Pero trabajaré para mí, no para tu podrida empresa en este país degenerado. ¡Quiero vivir como un ser humano!

—¡En América!

—¡Quiero ser yo mismo!

—¡En América!

—No tengo nada que hacer en Alemania, donde todos explotan a todos, donde todos piensan únicamente en sí mismos...

—Pero ¡en América!

—¡Sí, en América!

—Con un bonito talonario de cheques..., ya lo creo.

—Me importa un bledo tu talonario. Quiero ser yo mismo... Trabajaré.

—¿Tú...? —Su hermano estalla en carcajadas—. ¿Qué vas a trabajar tú, que nunca has culminado un trabajo como es

debido, ni en el colegio ni aquí, en la fábrica? ¿Que vas a vivir de tu trabajo? ¡Feliz viaje, hijo mío! ¡Dentro de cuatro semanas veremos tu primer cheque, y dentro de tres meses sacrificaremos el ternero más gordo en honor del hijo pródigo!

Mira a su hermano con disimulado triunfo. Ahora lo tiene donde quería.

—¡Jamás! —grita el más joven—. ¡Jamás! O vuelvo a casa convertido en un gran hombre o... —Sin terminar la frase, hace un gesto salvaje hacia la puerta y se marcha.

Su hermano mayor lo sigue con la mirada. Después saca despacio un pañuelo de seda del bolsillo y se seca la cara empapada de sudor. Con un suspiro de satisfacción vuelve a sentarse en su sillón, toma un puro, corta el extremo, lo enciende y aspira lentamente el humo. A continuación descuelga el teléfono.

—Señorita Krause, póngame ahora mismo con mi madre, por favor.

Madre e hijo

Detrás del feo muro rojo no solo se encuentra la fábrica cerrada de los Wiebe, con su síndico frío y calculador. Más allá de los almacenes, al otro lado de un segundo muro, se alza también la villa de los propietarios, donde vive la señora Erna Wiebe en compañía de sus dos hijos solteros, Thomas y Johannes. Es la típica villa de ladrillo de la década de 1890, con tejados, torrecillas, miradores, remates en forma de pirulí, algo que parece surgido de la caja de un juego de construcción, afeado todavía más por elementos modernos, como la terraza acristalada y la entrada para coches.

La señora Erna Wiebe, una dama elegante, no mal parecida, de mediana edad —una dama al fin—, se apea del coche, vuelve a oscurecer. Pero ahora es la oscuridad del crepúsculo y entra en la casa.

En el vestíbulo, una criada la ayuda a despojarse de sus ropas de abrigo. También la entrada es un producto del fin del siglo anterior: lámparas fabricadas con cornamentas de ciervo, macizos muebles oscuros, una armadura comprada por casualidad, situada bajo la fotografía ampliada de un antepasado de los Wiebe que todavía era herrador. Mucho terciopelo, mucha felpa y aún más borlas. De vez en cuando, alguna pieza bonita que, asediada por tantos horrores, no consigue lucir.

La señora Wiebe cruza esta estancia repleta de «opulencia heredada».

—¿Y mi hijo Johannes? —pregunta a la criada.

—El señorito sigue arriba —contesta la muchacha, con un tono hasta cierto punto de condolencia.

—¿Ha pedido que le sirvan la comida? —pregunta a continuación la señora Wiebe.

—No —responde la criada con el mismo tono triste.

Ahora la señora Wiebe se dirige a ver a su hijo Johannes. Atraviesa sin verlas todas esas habitaciones desiertas, muertas hace mucho tiempo, vacila un instante ante una puerta, se inclina ligeramente, escucha y, con repentina decisión, llama con energía y entra sin esperar respuesta.

El hijo está junto a la ventana contemplando el jardín sin hojas, cada vez más sombrío y oscuro, justo igual que cuando su madre lo abandonó unas horas atrás. En este momento gira despacio su rostro hacia ella.

Pero su madre no está dispuesta a mantener una conversación en la penumbra. Enseguida enciende todas las luces, y la iluminación descubre una habitación muy diferente a aquellas que ella acaba de recorrer; la estancia de una persona joven, falta de equilibrio, entre puritana y lujosa, con muebles escasos y sobrios pero alfombras gruesas, con paredes lisas, tres o cuatro cuadros (auténticos, nada de reproducciones) y una librería que cubre una pared, pero también un balón medicinal.

—¿Sigues junto a la ventana? —pregunta la madre, animada—. Siéntate, Hannes... ¡Habría estado bien que hubieras comido algo! No, no fumes ahora. A tu edad fumar siempre es perjudicial, y más con el estómago vacío.

—¿Y bien? —pregunta el hijo sin prestar demasiada atención a esos consejos maternos, pues enciende un cigarrillo.

—¿Y bien, preguntas? Bueno, he estado con tu hermano. Os habéis dicho las habituales groserías fraternales, esta vez quizá más de lo habitual..., pero no es ninguna tragedia. Unos meses de separación lo arreglarán.

—¿Y la fábrica?

—¡Qué insistencia de repente con la fábrica! Y eso que el negocio de papá siempre te ha dado igual, y que te alegraste mucho cuando tu hermano y yo te aliviamos de la carga de trabajo. La fábrica, como es natural, se cerrará. He vuelto a repasar toda la documentación con Blohm, que por cierto no se lleva bien con tu hermano. Ahora la empresa apenas es rentable; pronto empezaremos a perder dinero.

—¿Y tan pobres somos como para no poder permitirnos perder dinero durante unos meses?

—No digas tonterías, Hannes... ¿Es que eres socialista? Una fábrica es una empresa, y se dirige de acuerdo con las normas comerciales. Nuestro patrimonio privado no tiene nada que ver con ello.

—¡Pero procede de los beneficios de la fábrica!

—A decir verdad, Hannes, tu hermano tiene razón: eres medio comunista. Pero no vamos a hablar de estas cosas. Hasta ahora te has sentido muy satisfecho de que existiera un patrimonio privado.

—Pero ahora he aprendido algo; concretamente, que no puede cargarse todo el peso sobre las espaldas de los débiles. He visto a nuestros ajustadores delante de la fábrica.

—Thomas me lo ha contado. Eso te ha conmovido, Hannes, y te honra. Pero, al fin y al cabo, ¿somos nosotros quienes hemos dejado en paro a esa gente? La culpa es del Gobierno y de su política desacertada. Además, ya sabes desde hace tiempo por la prensa que en Alemania hay tantos o cuantos desempleados. Que ahora te conmuevan precisamente nuestros doce...

—¡Oh, madre, cállate de una vez! —replica Johannes en un estallido repentino—. No puedo escucharlo. Tú eres mi madre,

sé que tienes un corazón bondadoso y tierno, pero hablas de los que estaban delante de la puerta como si fueran personas totalmente ajenas, que no tienen nada que ver con nosotros.

—Es que lo son.

—Un viejo me enseñó las suelas agujereadas de sus zapatos. Y estaba Martin, el hijo de Raschke, el jardinero, con quien jugaba cuando éramos niños... Parecía un hombre mayor, aunque tiene mi edad. Madre, me siento culpable por estar aquí sentado con mi buena ropa, en una habitación caliente, mientras ellos están ahí fuera, bajo la lluvia... ¡No lo soporto! Madre, vuelve a abrir la fábrica, dales al menos algo de trabajo. A cambio renunciaré solemnemente, ante todos los notarios y en todos los contratos que mi hermano juzgue conveniente, a mi participación en la fábrica y en la fortuna familiar.

La señora Wiebe, que ha dejado de ser una dama para convertirse en una madre, atrae hacia ella la cabeza de su hijo en un gesto de repentina ternura.

—¡Pobre hijo mío! Cuánto estás sufriendo... ¡No cambiarás nunca! Jamás has soportado ver sufrir a un animal... Estos tiempos lamentables son demasiado para ti... —dice, y a continuación añade con tono irritado—: ¡Que esos mentecatos hayan tenido que quedarse precisamente delante de la puerta!

El hijo se acerca a su madre, esperanzado.

—Volverás a abrir la fábrica, ¿verdad, madre?

La mujer se yergue. Su expresión de ternura ha desaparecido.

—Eso es imposible, Hannes. ¡Compréndelo! No se puede dirigir una fábrica dejándose guiar por la ternura.

El hijo, un tanto vacilante, temiendo las consecuencias de su propia decisión, agrega:

—Entonces tendré que marcharme...

—Es natural —conviene la madre, afectuosa—. A mí también me parece lo mejor. Viaja un poco, visita Estados Unidos. Allí las cosas tampoco van tan bien. Ve a Sudamérica, quédate allí uno o dos años. Nosotros... Yo te echaré de menos, pero...

—No, madre, así no. Si me voy de viaje, no será así. Si ahora me separo de vosotros, me alejaré. No de ti, madre, pero...

sí de él y de la fábrica de papá, que en mi opinión dirigís de manera equivocada, funesta.

—¿Y de qué vas a vivir, mi pobre soñador? El mundo de ahí fuera —dice, recorriendo la habitación con la mirada— no pondrá a tu disposición habitaciones llenas de cuadros y libros. El mundo es duro; no solo delante de las puertas de la fábrica de tu padre, sino en todas partes.

—¡Yo también puedo serlo! Madre, si me marcho ahora, habrás optado por Thomas, contra mí.

—¿Eso es una amenaza, Johannes? —pregunta la madre en un tono más áspero.

—No, no lo es. Pero debo decirte que tu decisión hace que mi regreso a vuestro lado, a esta fábrica, sea imposible. Si me voy, me iré... para siempre.

—Ya me ha dicho Thomas que en el calor de la discusión has pronunciado esas amenazas —replica la madre, más fría—. No es bueno que las repitas ahora, con el ánimo más sosegado, hijo mío. No voy a volver a abrir la fábrica por semejantes amenazas, pero comienzo a infravalorar a mi hijo.

—Pensamos de un modo muy distinto.

—¡Pero nos queremos, Hannes! Somos madre e hijo.

—Pero la madre no quiere sacrificar ningún titulito de su convicción comercial por el hijo.

—Tengo dos hijos... Y disculpa, Hannes, pero hasta ahora el mayor ha sido el más trabajador, decidido, exitoso...

El hijo, con repentina resolución:

—De acuerdo, madre. Ya lo has decidido. Me marcho.

La madre, esforzándose siempre por cambiar de tono:

—Bien, hazlo. Será duro para mí. Y escribe..., escribe con frecuencia. Y vuelve pronto...

—Ya sabes, madre...

—No sé nada. No he oído nada. No tengas pensamientos tan funestos. No puedes imaginar en qué situaciones te pondrá la vida ahí fuera. Piensa siempre que soy tu madre. —Y luego añade en voz baja—: Mi corazón te pertenece...

—Pensaré siempre en ti.

—Hasta la vista, Johannes.

Él calla.

—Hasta la vista, Johannes.

Él sigue callado.

—¡Johannes, tu madre te dice hasta la vista!

Él, con esfuerzo:

—Eso espero... Hasta la vista, madre.

Impresiones de viaje

Muchos años después, cuando Johannes Wiebe recordaba su partida a Estados Unidos y sus primeros tiempos allí, todo le parecía un sueño interminable, confuso, gris, que iba oscureciéndose poco a poco. Unas imágenes aisladas destacaban por su luminosidad cada vez más poderosa en medio de la oscuridad, pero el tono general que volvía a caracterizar todo lo vivido era el de una profunda desesperación que cobraba una fuerza cada vez mayor y que terminó por adueñarse de toda su alma.

Al principio, en ocasiones, aún había sido capaz de reír, de alegrarse por lo nuevo, de interesarse por lo singular. Pero al final se apoderó de él una oscura desesperación que nada podía despejar, una sensación de que todo era en vano, de que solamente vegetaba porque ya no tenía raíces que arraigasen en una patria propia. Ya no se sentía en casa en ningún sitio.

Porque, por más que quisiera convencerse de ello, él no había abandonado su país por gusto. Preso de la ira, había dicho que quería alejarse de todos ellos; y entonces ellos, de repente, parecieron considerar su marcha tan natural que ya no pudo volverse atrás. Además de muy joven, era un chico muy blando y mimado; en realidad, se le antojaba incomprendible que lo dejaran partir así. Tuvo que renunciar a algo, a sus amados cuadros y libros, a un hogar bien ordenado, al amor de una madre buena, aunque en los últimos años se hubiera convertido en una persona un tanto extraña. Pero no

se dio cuenta hasta más tarde de lo mucho a lo que había renunciado.

De la mezcla de recuerdos dolorosos sobresalía la noche que decidió marcharse, cuando su madre le dijo «hasta la vista». Él permaneció largo rato en la habitación en penumbra, asomado a la ventana; desde el jardín oscuro y sin hojas se alzaba una neblina turbia, y él sintió escalofríos. Nadie fue a verlo, nadie le dirigió una palabra amable...

Se aparta de la ventana, la cierra, enciende la luz, pone en orden sus documentos. Todo está ahí; el pasaporte con su visado, el pasaje del vapor —en primera clase, como es lógico y natural tratándose del hijo de una familia rica—, también dinero. Mucho dinero para el comienzo de un hombre que quiere ganarse su propio sustento.

Durante un momento, indeciso, sostiene en la mano el talonario de cheques, y de repente lo acomete el odio hacia su hermano. Cada cheque que extienda allá lejos pasará por las manos de su hermano, que soltará una risita maliciosa, complacida y sarcástica. «¿Lo ves? —dirá—. ¡Menudo muchachito estás hecho! ¡Yo tenía razón!»

Deposita el talonario abierto sobre la mesa. Cada paso que da lo aleja de la patria para arrojarlo en brazos de países extranjeros. Pero la sensación de odio, tan intensa, lo fuerza a recoger la maleta y salir del cuarto.

Recorre despacio la casa, maleta en mano; se queda parado largo rato delante de la habitación de su madre. Si ella viniera, si lo viera así... ¡El hijo a punto de abandonar la casa paterna!

Pero no viene. La casa está silenciosa como una tumba.

Cuando baja por la escalera hacia el vestíbulo, de nuevo lo anima la esperanza de que su madre esté abajo para intentar detenerlo. Mas su deseo es vano. El vestíbulo permanece vacío y oscuro. Tropieza contra el caballero introducido de contrabando, que chacolotea..., pero nada se mueve. Abre la puerta de entrada. Se queda tres minutos en el umbral, esperando una última oportunidad... para los demás.

De pronto, la puerta de la casa paterna se cierra tras él con un ruido sordo. Se detiene y escucha el eco... Esa puerta se ha cerrado cien, diez mil veces, detrás del niño, del muchacho, del adolescente Johannes Wiebe: en esta ocasión, el sonido parece distinto. No solo resuena en la casa, sino también en su corazón.

Ya no volveré nunca más, piensa, e intenta repetírselo a media voz. Pero eso todavía no se comprende. ¡Todavía no!

En el patio de la fábrica, *Bella*, la perra guardiana, salta hacia él. El joven la acaricia un momento hasta que se acerca Lobrian, el viejo vigilante. Tiene que hablar con alguien de allí antes de marcharse definitivamente.

—Buenas noches, señorito —masculla el viejo entre dientes—. ¿Le llevo la maleta?

—No, gracias, Lobrian. ¿Le importaría abrirme la puerta?

—¿Se va de viaje de nuevo, señorito?

—Sí, Lobrian. Y esta vez muy lejos, a América.

—¡América! Qué afortunado es usted, señorito; dicen que allí hay trabajo y comida en abundancia.

—Y también preocupaciones, Lobrian.

—¡No crea, señorito! He leído lo bien que les va. ¿Por qué iba a irnos tan mal a nosotros, si a cambio no les va bien a otros? ¡En este mundo todo se compensa, señorito!

—¿De veras lo cree, Lobrian? Ay, si es usted tan amable, eche un vistazo a la calle y dígame si ve a alguno de nuestros trabajadores.

De pronto, al joven Johannes le ha invadido el temor de que los ajustadores sigan allí y le exijan que cumpla su promesa de que al día siguiente se reanudará el trabajo; por ejemplo, Martin Raschke... ¡Se siente un traidor a su palabra, un desertor!

—Ahí no hay nadie, señorito. ¿Quién iba a haber? Si hemos cerrado.

—Sí, hemos cerrado. Buenas noches, Lobrian, y tenga...

—Le da una propina al vigilante; no puede evitarlo, es un señorito de buena familia.

—Gracias, señorito, feliz viaje. Y que vuelva sano y salvo.

—¿Quién sabe si volveré?

—¿Cómo no ha de hacerlo? ¿Lo dice por lo bien que se está ahí lejos y lo mal que va to aquí? Eso cambiará; entonces nosotros estaremos arriba y ellos abajo. No querrá perderselo, ¿verdad?

Y surge otra imagen. La de un vapor, atracado en el puerto de Hamburgo, al que acceden los emigrantes. Unas figuras desvaídas, miserables, como miserables son todas sus pertenencias. Johannes Wiebe los contempla desde lo alto de su cubierta de paseo mientras suben a bordo con paso cansino, hacia un destino incierto, rodeados de mujeres llorosas y niños que berrean.

¡Y sin embargo envidiados! Porque en tierra hay un nutrido enjambre de personajes igual de andrajosos, igual de desesperados, a quienes el destino no ha concedido el permiso de inmigración para viajar a Estados Unidos.

—¡Vamos, Tilly, deja de llorar! Lo habéis conseguido, allí encontraréis trabajo enseguida. Y dentro de seis meses viajaréis en vuestro propio coche.

—Manda dólares cuanto antes. Ya sabes que la abuela apenas tiene para vivir.

—¡Ay, quién pudiera viajar con vosotros, huir de esta cochambre!

—Aquí nadie volverá a ser alguien.

—Fíjate en ese tan chupado, el que tose tanto. ¡A ese candidato a tísico le dejan cruzar el charco para conseguir un buen trabajo mientras nosotros, con nuestra fortaleza, nos quedamos aquí cobrando el paro!

Sí, ese fue uno de los momentos en que la nube se despejó, en que Johannes Wiebe se sintió un privilegiado. Todas esas personas agobiadas por el trabajo, preocupadas, aún tenían valor para comenzar de nuevo... ¿Cómo no iba a tenerlo él? Él empezó allí de un modo muy distinto.

Más tarde, cuando la costa alemana fue desapareciendo con lentitud, se sentó en el salón de fumadores al lado de un germano-americano.

—He echado un vistazo a *the old country* —dijo este—. Pero yo no lo *laike* nada *more*.

—¿Qué es lo que no hace? —preguntó Wiebe.

—No lo *laike*. ¿Cómo lo dicen en alemán? ¿To like?

—¿Que ya no le gusta?

—Eso. ¡Es un sinsentido! Todo hecho trizas. Pero *God's own land*... —dice el hombre. Luego se limpia la nariz—. Tengo que tener cuidado con la corriente. Tengo un buen *cold*.

—¿Que tiene qué? Pero ¿cuánto tiempo lleva usted allí? ¡Apenas sabe ya hablar alemán!

—Llevo solo un año, pero el alemán se olvida enseguida. Todo lo alemán es una basura. Nosotros, los americanos...

—¡Majadero! —exclama el joven Johannes Wiebe levantándose.

Tan alemán se sentía por entonces. Acababa de abandonar su patria, pero aún no se daba cuenta de que arrastraba tras él las raíces sin tierra.

Pero eso pasó, y con qué rapidez...

Recuerda su primera noche en un hotel de Nueva York. Lo habían enviado al hotel de la Asociación de Jóvenes Cristianos. O sea, un hospicio, se dijo para sus adentros. Pero era un rascacielos. Le dieron la habitación 997. Un pequeño agujero con cama, silla, perchero, espejo.

¿Algo más? No.

Por la mañana tuvo que lavarse en la sala de aseo.

—¿No podría conseguir un baño privado? —preguntó al borde de la desesperación—. Me gusta estar solo.

—¡No, caballero, eso está completamente descartado! Los americanos lo hacemos todo juntos: un país, un sabor, una idea... un aseo. ¡Se lo ruego! Le gustará.

¡Y vaya si le gustó! ¡Estar en un baño con cuarenta, cincuenta jóvenes norteamericanos! Cantan, hacen gárgaras, se lavan los dientes, dan portazos, gritan, se cortan las uñas de los pies... Tiene que esperar media hora hasta que un lavabo queda libre.

Como si fuera un sueño se alza ante sus ojos la habitación de su hogar. ¿No había dicho él que quería ir a América para

convertirse en alguien por sí mismo? Su hermano se había reído... ¿Habría tenido razón al hacerlo?

Pero eso fue solo el comienzo.

Recuerda los espantosos restaurantes italianos de esos primeros tiempos, con sus camareros negruzcos, sus camisas negruzcas y sus fracs mugrientos. Gritan, escupen, charlan, se escarban los dientes y se hurgan la nariz. Toda esa comida es una bazofia.

Recuerda cafés donde uno toma todo lo que necesita de una cinta transportadora: café, leche, copos de avena, sándwiches; un desayuno corriente, insulso, preparado sin cariño...

Recuerda a un obrero en el autobús que le pone una navaja en la mano y le pide que le saque una espina de la palma... Él, el hijito de buena familia, delante de toda la gente del autobús, a un obrero. Y una vez le asaltó un sentimiento auténtico con las suelas rotas de un viejo obrero; él ya ha tenido algún sentimiento auténtico en su vida, los resultados han sido escasos.

Recuerda espantosas sesiones cinematográficas donde, entre las imágenes, aparecen en la pantalla las más ridículas letras de éxitos musicales, y todo el público las canta a gritos, entusiasmado, loco de satisfacción.

Y recuerda bellos conciertos que el público utiliza únicamente para exhibirse, con brillantes y pechos desnudos, las mujeres más bellas, las estrellas más famosas.

Una soledad indecible se apodera de él. No sabe qué hacer, no adivina qué trabajo podría desempeñar entre ese pueblo brutal, indiferente, que escupe y vocifera. Su patrimonio va desapareciendo poco a poco, por mucho que lo guarde, por escasas que sean sus exigencias.

Y recuerda bien cómo en una ocasión, en una ciudad norteamericana, en su pequeño hotel, el portero le tendió una carta:

—*For you, mister Wiebe.*

Tiembla cuando recoge esa misiva en la que reconoce la letra de su madre.

Se va con ella a su agujero desnudo, la deposita en la mesa, la mira fijamente.

Está solo con esa carta de su patria, de su madre. Abajo, en la calle, pasan rugiendo y arremolinándose diez mil personas, coches, camiones; el bramido de una ciudad con chicas, amor, enemistades, mujeres, odio, trabajo... Pero él está solo con su carta.

Tres veces la toma entre sus manos para romperla, y otras tantas vuelve a depositarla sobre la mesa.

Tiene miedo a sentirse débil, a regresar a la patria como el hijo pródigo en cuyo honor hay que sacrificar un ternero bien cebado para que quede satisfecho.

(Ay, el rostro descarado, burlón de su hermano... ¡Sin él todo sería tan fácil! ¡Uno no se avergüenza ante una madre!)

Al final abre la carta. Contiene dos pliegos: un cheque y una carta de su madre. Esta apenas contiene seis palabras, pero le llegan al corazón. «Tu madre te espera, querido Hannes», lee.

Apoya la cabeza en la mesa y sueña. Quizá también lllore un poco, quién sabe, porque él no puede verse.

Al final, después de un buen rato, alza la vista.

Vuelve a leer la carta de su madre, aunque se ha aprendido cada palabra. Después la guarda con cuidado en la cartera, ¡ay!, tan enflaquecida.

Hace pedacitos el cheque con ambas manos.

Después toma su maleta y vuelve a salir de la habitación, continuando su odisea... hacia la nada.

El obrero

En una fábrica de automóviles de Detroit, Johannes Wiebe está junto a la cinta transportadora de montaje de motores poniendo tuercas. Los motores, con la parte inferior hacia arriba, pasan despacio ante él. Tiene que colocar ocho tuercas en ocho pernos, nada más. No tiene que girarlas, solo encajarlas.

A su lado, casi codo con codo, está Mike, un irlandés menudo y encorvado, que coloca las tapas de cojinete sobre

los pernos. A su derecha hay un negro alto como un varal, Jeff, que aprieta las tuercas con una llave eléctrica.

No es el primer día que Johannes Wiebe está junto a la cinta transportadora, pero a pesar de eso un capataz, detrás de él, observa atentamente cómo Wiebe saca ocho tuercas de la caja de hierro, las coloca deprisa con la otra mano —tiene el tiempo justo para hacerlo a toda velocidad mientras el motor pasa por delante de él— y vuelve a sacar otras ocho tuercas de la caja, porque ya tiene delante el próximo motor.

Johannes Wiebe no levanta la vista. Con gesto mecánico, recoge las tuercas y las coloca. Sus dedos se han tornado ya bastante hábiles y rápidos. Rara vez se equivocan agarrando solo siete tuercas. Rara vez tiene que hacer un pequeño movimiento hacia la derecha para seguir al motor porque no le ha dado tiempo a colocar la octava tuerca. Entonces choca con el codo del negro Jeff, que, muy furioso por lo visto, enseña los dientes.

—Pon atención hoy, Jack —le previene el capataz—. Vigila tu trabajo. Hoy no puedes volver a detener la cinta.

Johannes-Jack Wiebe no contesta. En cambio, el pequeño irlandés dice:

—Lo hace lo mejor que puede, señor. Aún no tiene práctica. Ayer por la tarde la cinta iba demasiado rápido para él.

—Pero recibe su jornal completo —replica, irritado, el capataz—. Así que tiene que hacer su trabajo completo. ¡Eh, tú, alemán, te estoy hablando! ¡No pares la cinta! ¡Ya estás otra vez pegado al codo de Jeff!

—Disculpe, señor. La cinta va otra vez muy deprisa.

—¿Quieres este trabajo sí o no?

—Sí que lo quiero, señor.

—¡Pues entonces cumple! —Y, dirigiéndose más a los otros que a Johannes Wiebe, añade—: ¡Conozco a estos alemanes, ninguno vale para trabajar como Dios manda! ¡Todo el rato quieren pensar! ¡Hay que poner las tuercas a tiempo! ¿Entendido?

—¡Sí, señor!

—¡Bueno, pues ya te lo he dicho! ¡Si vuelves a parar la cinta...!

Ojo avizor, el capataz camina despacio junto a su sección de cinta en busca de una nueva víctima. Johannes Wiebe se pasa rápido la mano por la frente.

—¡Date prisa! —le previene Mike—. El jefe no puede verte ni en pintura.

—Me doy toda la prisa que puedo —replica Johannes Wiebe, desanimado—, pero...

—Pero no puedes correr más, ¿verdad? Mira a Jeff, en el tiempo que tiene podría apretar diez tuercas en lugar de ocho.

El negro vuelve a enseñar los dientes. Entonces se pone de manifiesto que es su forma de sonreír.

—No preocupes por el jefe —le consuela—, todo eso ser tonterías. Dame dos tuercas, yo las coloco...

Johannes Wiebe respira hondo. Ese breve gesto de limpiarse la frente le ha hecho perder de nuevo el compás, y vuelve a molestar a Jeff.

—¡Ándate con ojo, Jack! —exclama Mike disgustado—. El jefe ya está mirando otra vez. Llama a un ayudante, vete al retrete antes de que...

Pero es demasiado tarde; el capataz ya regresa echando chispas.

—¡Ahí abajo acaba de pasar ante mis ojos un motor con solo seis tuercas! ¡Maldito alemán, no solo paras la cinta sino que además conseguirás que me rechacen los motores en la revisión!

Johannes Wiebe está demasiado encogido y ocupado como para contestar. Tiene que sacar ocho tuercas, colocarlas, el nuevo motor ya está ahí, sacar ocho tuercas, colocarlas... Hay tanto estruendo en esa nave de tres mil metros cuadrados, en la que trabaja con mil quinientos hombres y trescientas máquinas especiales... La escueta regañina a su espalda apenas lo molesta. ¡Cuánto lo han regañado en los meses que lleva trabajando allí!

La fuerza, la voluntad, la resistencia que aún atesora en su interior, las devora ese trabajo ridículo con sus ocho tuercas. Verdaderamente, es como si no colocar a tiempo esas ocho tuercas supusiera el fin del mundo.

Si uno piensa que hay un Dios en el cielo, que ha organizado las cosas de manera que Johannes Wiebe pueda comer y vivir si se esfuerza en poner ocho tuercas... Y ahora ese Dios está en el cielo y en cierto modo vigila para el capataz, le da un codazo: «¡Eh, tú, que Johannes Wiebe está otra vez pensando en las musarañas!», ahí uno solo puede reír, por fuerza tiene que encontrarlo ridículo, sobre todo si se considera que uno se marchó de un hogar confortable por un motivo igual de ridículo, por una suela de zapato agujereada...

—¡Y encima te ríes! ¡Oye, oye! —El capataz está, como suele decirse, que trina—. ¡Paras la cinta, y encima te ríes cuando te lo reprocho!

—Disculpe, señor. No me he reído. Solo pensaba que...

—¿Lo veis? ¡A estos malditos alemanes no les gustan nuestros métodos de trabajo americanos, ellos solo quieren pensar! ¡Quieren dominar el mundo, esos...!

Y concluye la frase con un juramento.

El pequeño irlandés tiene sentido del humor; lanza una rápida mirada de reojo a la figura lastimosa que se mata a trabajar con sus tuercas y dice:

—Pues *este* no tiene mucha pinta de dominar el mundo, ¿eh, jefe?

Antes de que el capataz pueda sufrir un nuevo acceso de ira, una voz resuena desde la cinta transportadora:

—¿Qué está pasando aquí?

En lugar de otro motor, por la cinta baja ahora un supervisor en el carrito de transporte. Es algo que hacen de vez en cuando para vigilar a los obreros, y consiguen sorprender de maravilla incluso a los más hábiles. De pronto —Johannes Wiebe sostiene ya su tuerca entre la punta de dos dedos— aparece allí un par de zapatos en lugar del perno, y el hombre se encuentra ya entre ellos.

—¿Qué pasa? —pregunta de nuevo—. ¿Qué sucede con este hombre?

—Para la cinta, señor —explica el capataz en un repentino tono de indiferencia—. Desde hace semanas, para la cinta continuamente. Le han enseñado dos veces, le pongo ayudantes

sin cesar. Funciona durante dos o tres días, así que sabe hacerlo. Y de repente lo olvida.

—¿Sabotaje? —pregunta el supervisor al capataz bajando la voz. Este se encoge de hombros.

—Es uno de esos malditos alemanes... —contesta evasivo.

El supervisor quiere decir algo, pero cambia de opinión y se gira hacia Johannes Wiebe.

—¡Eh, usted! ¿Qué pasa? ¿No quiere o no sabe? ¡Capataz, mande aquí a un ayudante! Quiero dar una vuelta con este hombre.

El capataz llama a Sam, y de entre los ayudantes que están siempre a la espera para sustituir a los trabajadores que necesitan ir al retrete viene un negro bajo de piernas torcidas. Echa mano por encima del hombro de Johannes, agarra las tuercas, las coloca y comienza una vociferante y alegre conversación con Jeff, el obrero que está a su lado.

—¡Estos son obreros! —exclama el capataz, elogioso—. Nunca dan problemas. Pero vosotros...

Indignado, sigue con la mirada a Johannes Wiebe, quien se abre paso detrás del supervisor a través del barullo de la nave de montaje de motores.

Una vez que están fuera, después de saltar por encima de las vías y pasar ante interminables estaciones de carga y descarga y ante otras naves igual de interminables, el supervisor vuelve a preguntar:

—¿No quiere o no sabe?

—¡Oh, claro que quiero, señor! —Ese «señor» ya se ha convertido en costumbre para él.

—Entonces ¿por qué unas veces sale bien y otras no? Hace un momento la cinta no iba muy rápido.

—No lo sé, la verdad. Yo me esfuerzo todo lo que puedo...

—¡Pero es que usted no tiene que esforzarse! Este es un trabajo que se hace de manera automática. Confíe en sus dedos. Usted no es necesario.

—¡Es un trabajo endemoniado! Es como si uno no fuera otra cosa que un componente más de la máquina, como si hasta tu cerebro y tu corazón formaran parte de ella.